

Los limones del huerto de Elisabeth

Los cinco patos que se bamboleaban entre las altas hierbas del terreno buscando comida no tenían idea dónde estaban. Aunque, habría que reconocerlo, nadie había hecho algo para hacérselos saber. No existía una puerta, ni candados y menos un cerramiento para mantenerlos fuera. Lo único que había era tres limoneros que daban a la calle de tierra y, al fondo, un aguacate enorme que fagocitaba el tronco de un árbol de limas. Monte alto, parches de tierra roja, frutas pudriéndose al sol. No queda nada de la antigua casa de los Förster-Nietzsche salvo el decrepito interior de un pozo seco, invadido por plantas trepadoras. No es mucho para reivindicar la fundación de una Utopía en el interior de la selva paraguaya hace algo más de un siglo. Si se toma en cuenta que la empresa nació del convencimiento de la supremacía aria, los limones del huerto deberían ser agrios. La casa, Försterhof, de la que Elisabeth Nietzsche se vanaglorió en cartas a su madre, “señorial, con altos techos, espaciosa y fresca”, ha sucumbido al paso del tiempo y de ella no queda nada. Ni ruinas. Si no fuera porque el resto del pueblo mantiene un trazado impecable y las veredas se encuentran deshierbadas y las bases de los postes de luz están pintadas con banderas paraguayas y alemanas, el contraste sería menor y el abandono del pasado no sería tan notorio. Queda poco en el pueblo, solo un cuarto con algunas fotos en la casa de un vecino con mente empresarial que, el día que fui, no había abierto. Sus vecinos dejaron claro que su mente empresarial tendía a sucumbir bajo el calor de más de cuarenta grados y que apenas abría su casa para los poquísimos curiosos que llegaban buscando el pueblo fundado por la hermana de Friedrich Nietzsche. Para satisfacer a esos curiosos hay un letrero sobre la avenida principal que señala una calle secundaria: Elizabeth Nigtz Chen. Ni la palabra salva al pasado aunque es la única señal que apunta en su dirección.

*

En 1886 Paraguay era el futuro. La tierra donde se refundaría Alemania, lejos de la contaminación judía. Ese, por lo menos, fue el razonamiento que Bernhard Förster siguió y que su esposa Elisabeth Nietzsche alentó. Las catorce familias que llegaron

al puerto de Asunción el 15 de marzo de 1886 siguiendo el descabellado plan de Förster simplemente se dejaron embaucar. Algunos porque creían en su ideal racista, otros porque huían de la crisis económica alemana, especialmente visible en la zona de Sajonia, de donde provenían la mayor parte de familias. Por la razón que fuere, para sobreponerse a la llegada al puerto de Asunción después de trepar cinco días por el Río Paraná desde Montevideo, luego de un mes de viaje desgastante desde Alemania, debieron creer en el discurso de Förster: “A pesar de las muchas dificultades los migrantes deberán saber que han tomado parte en un gran proyecto. Esta misión tiene un nombre: la purificación y renacer de la raza humana y la preservación de su cultura”. También Therese Elisabeth Alexandra Nietzsche había embarcado en Hamburgo en el Vapor Uruguay. Contaba con 39 años, menos de un año de matrimonio y sueños que abarcaban un nuevo Imperio en construcción. Tampoco había olvidado traer un piano. Había aprendido a tocarlo junto a su hermano Friedrich Wilhelm en su niñez en Röcken, un pequeño pueblo Sajón al sudeste de Leipzig. A ella la habían bautizado con el nombre de la princesa de Alte-Saxenburg a quien su padre, el pastor de Röcken, había tutorado en su juventud; su hermano, dos años mayor, se llamaba igual al rey. Ambos aspirarían a la realeza en vida. Al quedar huérfanos de padre a temprana edad, se volvieron inseparables. El sobrenombre que Fritz dio a su hermana fue “llama”, la bautizó así cuando leyó que entre las características del animal andino se encontraba la terquedad. Le pareció muy adecuado. Friedrich era un niño introvertido y precoz que llegaría a ser la mente más brillante del siglo XIX. Era, además, un pianista virtuoso; no así su hermana que solo tocaba de una manera competente. Pero en todos los aspectos de su vida, su terquedad compensaría su falta de genialidad. Tanto así que, a pesar de que su hermano fue un prosista excepcional, fue ella, con su escritura sentimental, la que estuvo nominada tres veces al Premio Nobel de Literatura (en 1908, 1915 y 1923). Su falta de talento siempre se vio compensada por la existencia de su hermano. Si de niña lo veneraba, de adulta nunca lo abandonó; aunque él se hubiera distanciado. Elisabeth se convirtió en una devota religiosa al punto del fanatismo mientras él abjuró de la religión y la moral cristiana. Si Friedrich peregrinó durante años por Europa buscando la verdad, Elisabeth encontró su especial marca de ella en el nacionalismo y la pureza racial y viajó a otro continente para darle forma. A pesar de ello ambos estuvieron unidos todas sus vidas: él recurrió a su apoyo en varias de sus recaídas médicas mientras ella aprovechó su nombre para adquirir la notoriedad a la que siempre se sintió destinada. Cuando decidió viajar a Paraguay no dudó en pedir a su hermano que la acompañara y, a pesar de que se reusó en más de una ocasión, nunca dejó de presionarlo; no solo para que fuera sino para que invirtiera con dinero en su empresa. Friedrich Nietzsche siempre le dio la

misma respuesta: “Nuestros deseos e intereses no coinciden en tanto que tu proyecto es anti-semítico. Si el proyecto del Dr. Förster es exitoso seré feliz por ti y, tanto como pueda, ignoraré el hecho de que será el triunfo de un movimiento que rechazo. Si fracasa me regocijaré en la muerte de un proyecto anti-semita...”

*

Hace 127 años el camino de Asunción a Nueva Germania era tortuoso. No solo eso, era peligroso e inseguro. Y, para los nuevos colonos alemanes, era tierra incógnita. Habían llegado confiando en la palabra de un iluminado pero una vez ahí, desprovisto del envoltorio publicitario, se dieron cuenta que habían canjeado su futuro por tierras pantanosas y poco fértiles. Llegar a Nueva Germania ahora toma algo más de tres horas y media sobre una carretera asfaltada libre de baches. Se sigue la Ruta 3 desde Asunción y se sube en diagonal hasta San Estanislao, de allí una línea recta conecta la misma carretera con Nueva Germania. El paisaje de los 259 kilómetros que separa las dos ciudades es una sucesión de casas aisladas, campos de pasto, islas de palmeras y cultivos. La Ruta 3 no existía en 1886. La que tomaron las catorce familias junto al fundador del pueblo fue una ruta fluvial. Subieron el Río Paraguay hasta San Pedro del Ycuamandiyú y de allí siguieron en carretas los 48 kilómetros restantes hasta Nueva Germania. Antes de que Bernhard Förster negociara las tierras de Nueva Germania para su colonia, hizo un viaje por el Paraguay buscando el paraje de su Utopía utilizando un mapa dibujado por el Coronel y aristócrata húngaro Heinrich von Morgenstern de Wisner. Von Morgenstern había huido de la Corte vienesa bajo acusaciones de pederastia; era un personaje ubicuo que sobrevivió dos dictaduras, una guerra y varias revueltas civiles en Paraguay, donde vivió 46 años. Morgenstern llegó por primera vez a Asunción en 1845 como parte de una delegación militar brasileña de visita al dictador Carlos Antonio López. Una vez ahí se dio cuenta que su pasado en la Corte Imperial vienesa podría serle útil y, cuando asumió el gobierno Francisco Solano López, se convirtió en el confidente de la amante irlandesa del dictador. Eliza Lynch se encargó de que Solano López lo nombrara Canciller y que luego fuera su principal asesor militar. Morgenstern sobrevivió la debacle de la Guerra de la Triple Alianza, que ayudó a conducir, y se convirtió en Ministro de Migración en sucesivos gobiernos. Su principal misión fue atraer a europeos con ofertas generosas de tierras y mucha desinformación sobre lo que encontrarían en el país. Fueron sus talentos propagandísticos resumidos en el “Reporte sobre el Estado de

Paraguay”, publicado en varios diarios europeos, lo que llevó a Förster a Paraguay. Tras recorrer el país durante dos años con la ayuda del mapa de Morgenstern, Förster regresó a Alemania publicó un panfleto titulado “Colonización Alemana en el Distrito de la Alta Plata con especial referencia a Paraguay: el resultado de detallada experiencia personal, trabajo y viajes 1883-1885.” No pudo resistir convertirse en el héroe de su viaje: un súper hombre que había logrado sortear todo tipo de obstáculos. Como texto publicitario era un fracaso. Más que alentar, parecía espantar a posibles colonos. Esto fue lo que escribió sobre la zona que eventualmente vendió como el sueño ario:

“Mi primera preocupación fue encontrar la ruta más directa hacia San Pedro. Hasta ahora había escuchado que era imposible. Se suponía que todo el camino era un inmenso pantano, prácticamente impasable para una persona sola y lleno de peligros. Mi propia experiencia confirmaba estos reportes...los caballos debían cruzar profundos pantanos de lodo. Solo ocasionalmente se distinguían tierras altas, firmes bajo los pies. El área, además, estaba completamente inhabitada, y llena de gran número de venados, zorros, tigres, monos, avestruces, etc...Emigrar a esta zona sin duda sería una tarea hercúlica, aunque la tierra parece fértil. A lo largo del camino, unas pocas casas con piso de baldosa, ahora derruidas, eran testigo de que aquí debió existir un poblado dependiente del ganado antes de la guerra...El jefe de ellos era un viejo negro que no entendía español ni ninguna otra lengua conocida. No se molestó en ayudarme así que me vi forzado a dormir al aire libre...los peligros aquí son tigres, indios y culebras... Los únicos indios que vi eran muy pobres y en un estado domesticado...los indios no son peligrosos y harían buenos sirvientes. Pero los Lengua son más peligrosos y ocasionalmente cruzan el Gran Chaco en grupos de asalto. Las verdaderas dificultades a las que debe enfrentarse un viajero que desconoce el terreno es perderse, toparse con mal clima en rutas solitarias y el sentimiento de soledad que despierta la completa belleza y horror del lugar y, no por último, algo menor, el hambre...”

Pero su carisma personal y, posiblemente, la desesperación de las familias que lo siguieron fue mayor. El panfleto no solo describía la flora, fauna, sistemas fluviales

y plantaciones de mandioca de la zona sino que divagaban sobre anti-semitismo, las ventajas del vegetarianismo, el luteranismo y Wagner. Bernhard Förster era un furioso wagneriano. Fue rindiendo culto al músico nacionalista que conoció a Elisabeth Nietzsche. Había intentado, durante años, entrar a su círculo íntimo pero Wagner nunca le había prestado atención. Fue solo cuando conoció a Elisabeth en la inauguración de Bayreuth, la casa de Ópera que Wagner concibió, que pudo acercarse a él. Elisabeth se sentía en casa entre los Wagner ya que durante varios años Nietzsche y Wagner mantuvieron una estrecha amistad que terminó en desastre; al acabarse, ambos borraron al otro de sus vidas. Pero en *Ecce Homo*, el libro autobiográfico de Nietzsche, nunca negó su admiración por el músico, "Mi juventud hubiera sido insoportable de no ser por la música de Wagner, pues yo estaba condenado a convivir con los alemanes...Wagner es el antídoto por excelencia contra todo lo alemán". Pero el ambiente que vivió junto a él, en los años en que lo frecuentó y Elisabeth trabó amistad con su familia, terminó por alejarlo: "Lo que nunca le he perdonado a Wagner es haber condescendido con los alemanes, el que se haya convertido en un alemán del Reich...Tengo que atacar (...) a la nación alemana, que cada vez se está volviendo más perezosa (...) *más respetable*; dicha nación se sigue alimentando, con un apetito envidiable, de cosas contradictorias, e igual se traga, sin tener problemas digestivos, la "fe" que el científicismo, el "amor cristiano" que el antisemitismo, la voluntad de poder y de Imperio que "el evangelio de los humildes...". A Nietzsche todo eso le causaba serios problemas digestivos y migrañas y depresión pero nada de eso molestaba a Förster. Que más bien se alimentaba de todo lo que el hermano de su futura esposa despreciaba. Cuando cayó en sus manos *Arte y Religión* de Wagner, donde llamaba a fundar una Alemania más pura en el Nuevo Mundo, saltó a la ocasión. Al leer, "Ciertamente debe ser correcto inculpar a esta torpe tontería de nuestro espíritu público la corrupción de nuestra sangre... no sólo por el abandono de la alimentación natural del hombre, sino sobre todo por la mezcla de la sangre heroica de las razas más nobles con la de antiguos caníbales que ahora son adiestrados para ser agentes de negocios de la sociedad", encontró su llamado, era tan antisemita como vegetariano. Solo debía cruzar el mar y refundar Alemania. No resultó tan fácil. Supuso privaciones e innumerables dificultades y el temperamento de Bernhard no ayudaba. Tenía una personalidad nerviosa y constante mal humor. La tierra apenas rendía frutos y con los métodos de cultivo traídos de Alemania, ninguno. Los colonos debieron aprender de la experticia nativa para, aún así, lograr poco. No había ferrocarriles para unir la colonia con otras partes del país, ni una embarcación propia que los conectara por el río, la malaria atacó apenas llegaron y desistieron de construir caminos porque todo su tiempo lo emplearon en tratar de sacar algo de la tierra o en engordar al ganado.

Förster había escrito en su panfleto de 1885, “En todo Paraguay hay una creencia de que si hay suficiente carne cualquier otro tipo de alimento se vuelve innecesario”. Ante el hambre, traicionó a Wagner y, como los nativos, disfrutó del asado. Claro que Elisabeth, que siguió escribiendo para la prensa alemana en procura de reclutar a nuevos colonos, continuó insistiendo en lo nocivo de la carne, entre otras cosas, porque “calienta la sangre, lo que debe ser evitado en este país...mi esposo, yo y todos nuestros empleados vegetarianos hemos escapado de las enfermedades de la aclimatación, un mal que consiste en llagas en las manos y pies...en cada caso una dieta vegetariana será beneficiosa y ayudará para una pronta mejora”. Elisabeth trató de mantener las apariencias pero en las cartas a su madre se quejaba de su marido y el esfuerzo que significaba estar tan lejos. Llegó a escribir que había envejecido diez años en los dos que había vivido junto a Bernhard en Paraguay. El paraíso no existía, salvo en los comunicados de prensa. Allí, “el clima era tan benigno que tanto los hombres como los animales prosperaban en él.”

*

Viajé a Nueva Germania en verano, la temperatura rondaba los 36 grados y la humedad era del 55%. Lo que en sensación térmica se traduce en 46 grados. Viajé en un bus con aire acondicionado, pero en un lugar del trayecto lo abandoné para seguir la ruta en carro, para entonces el sol me hubiera podido atravesar el cerebro. Hay un momento del día, que comienza en las inmediaciones de las doce y termina por las cuatro de la tarde, cuando uno siente que se encuentra en el centro del sol. No se puede pensar, ni hacer, ni decir. Nada. Son horas que el calor le come al día. Los que no las respetan, pagan un precio. Insolación, migrañas, calambres y derrames cerebrales son solo epígrafes. Ningún temperamento, por más germano que fuere, tiene derecho sobre el calor, como debieron aprender los habitantes de Nueva Germania. A las once paramos en una gasolinera sobre la ruta que tenía un mercado y una cafetería. Los dueños eran menonitas y parecían presagiar lo que esperaba del viaje. Adentro era el Ártico y uno apenas podía pensar sobre el zumbido del poderoso aire acondicionado. Me tomó más de media hora volver a sentir el cuerpo. O sentir algo más que calor o moverme fuera de una onda de aire ardiente y titilante. Cuando entré busqué una silla y el amigo que me llevaba a Nueva Germania regó una botella de agua helada sobre mi nuca. Luego de un momento pude alzar la cabeza y Douglas me tendió una bebida helada de

soja con sabor a manzana. Me supo a gloria. No la bebí, la tragué y, cuando la acabé, me paré y busqué otra. Solo ahí pude ver a dónde habíamos entrado. Era un local enorme, como dos canchas de basquetbol juntas. De un lado se vendían implementos eléctricos de algún tipo; del otro, había góndolas llenas de productos. Leche, enlatados, fósforos, harina. Contra la pared posterior, varias refrigeradoras con puertas de vidrio exhibían bebidas de soja, agua y refrescos. A un costado se vendían embutidos, queso y pan. Atrás del mostrador, donde atendía un muchacho salido de la familia Von Trapp de *La Novicia Rebelde*, había tres enormes afiches con paisajes alpinos en invierno. Casi se podía tocar la nieve. Traté de mirar por la ventana hacia el carro pero el exterior había desaparecido. El contraste de la temperatura había empañado por completo los vidrios y lo único que se veía era una escarcha lechosa. Me sentí atrapada en una pecera con un montón de descendientes de Förster. Solo que Förster no había dejado ninguno. Y de lo que sabía, los descendientes de los otros colonos de Nueva Germania hacía años habían abandonado su proyecto de supremacía racial. Y, aún así, no podía quitar los ojos del afilado cuchillo del carnicero Von Trapp mientras cortaba lonjas de un salami rojísimo.

*

La tierra paraguaya tiene la consistencia y el color de la sangre seca. Sangre seca oxidada, acorde con la historia del país. Dos guerras sangrientas quedaron atravesadas en sus siglos XIX y XX. En la primera, perecieron las dos terceras partes de la población masculina del Paraguay; la segunda, la del Chaco, volvió a mermar drásticamente la población y a dar una estocada a la economía nacional. En la Guerra de la Triple Alianza el Mariscal Francisco Solano López, con delirios napoleónicos, pensó que podría vencer a los ejércitos reunidos de Brasil, Argentina y Uruguay y llevó al Paraguay a una masacre. Durante las siguientes dos décadas la figura central del país fue el héroe de guerra General Bernardino Caballero, fundador del partido Colorado. Fue él quien puso a la venta las tierras fiscales (el Estado era dueño del noventa y cinco por ciento de las tierras paraguayas) para pagar las deudas contraídas en Londres, más sus intereses, utilizadas para financiar la guerra. La mayor parte de esas tierras fueron a dar a manos de grandes consorcios extranjeros y los campesinos que las trabajaban quedaron sin nada. También sirvieron para pagar deudas políticas hasta la época de la dictadura stronista. Para 1900, setenta y nueve familias eran dueñas del

cincuenta por ciento del territorio nacional. El tema de las tierras, sus títulos y sus dueños aún gravita con fuerza en la política paraguaya y es la sombra que arrojó el golpe de estado contra el presidente Lugo en 2012. En una de las pocas paradas que hizo el bus de Asunción a Nueva Germania vi una pintada con lápiz rojo en la puerta de madera del único baño de la estación de servicio donde nos detuvimos, ¿Qué pasó en Curuguaty? La tierra roja continúa teñida de sangre. Las que más baratijas han recibido, a cambio de todo lo suyo, siempre han sido las comunidades indígenas. Durante la época de la Independencia y del gobierno de José Gaspar Rodríguez de Francia no se necesitó título de propiedad para utilizar la tierra. Pero el presidente Carlos Antonio López, a través de un decreto emitido el 7 de octubre de 1848, suprimió la institución del *táva comunal*. Eso permitió al Estado apropiarse y disponer de las tierras de “los veintiún pueblos indios” del Paraguay. En trueque concedió a sus miembros la ciudadanía. Esa ganga se resumió en dos artículos: I) Se declara ciudadanos de la República a los indígenas de los veintiún pueblos siguientes: (...) II) Se declaran propiedad del Estado los bienes, derechos y acciones de los mencionados pueblos naturales (...) No hay que perder de vista el orden de los artículos, para despojarlos primero se les concedió la ciudadanía; así todo fue legal. Las tierras fiscales que se privatizaron en época de Bernardino Caballero provenían de esos nuevos ciudadanos de 1848. Förster negoció 600 km² en la zona llamada Campo Casaccia con el presidente Caballero. La zona había tenido alguna población antes de la guerra pero para 1886 se encontraba prácticamente desierta. Dos terceras partes eran bosque, el resto parecía tierra apta para cultivo. El dueño, Cirilo Solalinde, pedía 175.000 marcos alemanes por ellas, una cifra imposible de cubrir por Förster. Luego de una negociación que duró ocho meses se llegó a un acuerdo triangular entre Förster, Solalinde y Caballero: el Estado pagaría a Solalinde 80.000 marcos por 160 km² que éste luego entregaría a Förster mientras Förster harían un pago total de 2.000 marcos al Estado paraguayo. Se comprometía, a la firma, a que 140 familias alemanas llegarían a vivir en la zona en los próximos dos años o debería devolver el dinero y perder las tierras. Para noviembre de 1886 Förster vendía lotes a los colonos que habían llegado con él, aunque esas tierras siguieran perteneciéndole al Estado paraguayo.

*

La llegada a Nueva Germania no puede ser más ominosa. Luego del desvío en la Ruta 3, se sigue unos pocos kilómetros y un desteñido letrado junto a un mochado

árbol seco es la primera señal de que se está en sus inmediaciones. Es un panorama que cualquier director de arte escogería para una película de terror. La bienvenida, escrita sobre latón, está colocada lejos de la carretera en un terreno descuidado. El cartel está elevado sobre dos postes; su borde inferior roza el techo de zinc de una casa de ladrillo abandonada. El muro de otra casa, de apariencia más antigua, se derrumba a su costado. Alguien había borrado las tres palabras que se encontraban bajo las blanqueadas banderas de Paraguay y Alemania. Al continuar por el camino se llega a dos torres de apariencia medieval en construcción y luego, por fin, se llega al pueblo. Parterres centrales de concreto, postes de luz con banderas alemanas y paraguayas alternadas, mucho orden y limpieza. Ninguna pista de que la hermana de Friedrich Nietzsche alguna vez vivió allí. Tanto así que después de más de una hora de dar vueltas llegamos a la hora de la siesta y estaba cerrado el municipio, la escuela y toda institución que pudiera disponer de alguna información, optamos por el único hotel del pueblo. Nos entusiasmos, en el patio había dos esculturas de ciervos europeos hechos en yeso que yacían entre la exuberancia de la vegetación paraguaya. El dependiente nunca había oído hablar de Förster ni de Elisabeth pero nos ofreció un refresco helado. Mientras iba a traerlo, contemplé en la pared otro paisaje alpino de lagos cristalinos, alta montañas y nieve. Afuera hacía 40 grados. Decidimos ir a la única gasolinera del pueblo, alguien debía saber algo allí. Entre los jacarandás, flamboyanes y lapachos del camino se podía distinguir algunos pinos que no hubieran desentonado en un bosque alemán. El dueño de la gasolinera, el señor Fischer, nos dijo sin pestañear que la casa de Elisabeth se encontraba a la vuelta, bajando hacia el río por un camino de tierra, cerca de la iglesia, frente al orfanato. Lo dijo como si diera direcciones a la casa de su tía. Mientras continuó despachando, me contó que era descendiente de uno de los primeros colonos. Que su bisabuelo se quedó en Nueva Germania y que si bien algunos de sus parientes, que no se han mezclado con paraguayos, se fueron a vivir a las afueras del pueblo en una zona llamada Tacarut'y, su abuelo y su padre se casaron con paraguayas. A un costado de la gasolinera un grupo de gente tomaba tereré y el calor empujaba la sed. El señor Fischer me dejó tomarle una foto y me dijo que su nieta atendía en la cafetería de al lado. La única con aire acondicionado del pueblo. Una chica alta y rubia nos tendió dos botellas de agua helada. No sabía nada de Elisabeth Nietzsche y reconoció que no le prestaba demasiada atención a su abuelo. Cuando entré al baño descubrí que el ocupante anterior no había corrido la cadena. Con esa imagen en la cabeza salí a buscar Försterhof. Llegamos enseguida a la puerta de la iglesia, que estaba cerrada. Atrás se distinguía el río Aguaray Guazú del que tanto hablaba Elisabeth en sus despachos a la prensa alemana. Lo que presumimos era la entrada al orfanato también estaba cerrado. En diagonal había una enorme casa de adobe que podía

ser del siglo XIX. Dejamos el carro bajo la sombra de un árbol y entramos a la propiedad. No había nadie en los alrededores pero un niño de unos seis años comenzó una conversación con nosotros a través de una reja. Nos contó que su abuelo había salido y que su papá estaba trabajando. Y luego lo que desayunó, el programa que estaba viendo y entonces abrió la cortina para que viéramos la televisión junto a él. En eso llegó su padre, cuando le contamos que buscábamos la casa de Elisabeth Nietzsche bajó la guardia. Nos dijo que él no sabía nada pero que su padre sí y que debía estar por llegar. Entró a la casa y volvió a salir con una jarra de agua helada y una bombona llena de yerba mate. Cuando estaba por tenderme el tereré, llegó Juan Carlos León Hankle. Si su tío abuelo no hubiera sido un cacique aché (o lengua, no estaba seguro), quizá pasaría por un campesino alemán. Pero don Juan Carlos es el resultado de ese extraño experimento de fines del siglo XIX; un fracasado enclave ario que terminó por poner en contacto a campesinos sajones con indígenas achés. Le pregunté si la convivencia fue buena y me dijo que no pero que terminaron compartiendo el mismo espacio y mezclándose. Me contó que su familia vivió del cultivo de caña y luego de la yerba mate pero que muchas familias regresaron a Alemania o simplemente se fueron de Paraguay. Me dijo que uno de los principales negocios fue la exportación de mariposas a Alemania y yo le pregunté si había algún libro que recogiera la historia de Nueva Germania y me dijo que no, que ya nadie se acordaba de los inicios ni parecía interesarles. Tanto así que podía asegurar que fue el 19 de julio, una noche de luna llena, cuando desembarcaron los primeros colonos en Nueva Germania pero que la fundación del pueblo se celebraba el 23 de agosto. Entramos a su casa, seis o siete grados más fresca que el exterior, techos altos, cuartos enormes, paredes gruesas, mucha sombra. Pensé en la descripción de Elisabeth a su madre, “No tienes idea de lo caliente que es aquí...El techo sobresale, lo que hace que sea agradablemente fresco a toda hora del día. Los tres cuartos en el centro son muy espaciosos y miden casi dieciocho pies de alto...Somos dueños de una magnífica propiedad”; le pregunté al señor León Halke si vivía en la antigua casa de los Förster-Nietzsche. Antes de responder me guió al exterior y señaló un terreno abandonado. No, me dijo, era allá pero se quemó hace varios años. La persona que la ocupaba dejó una vela prendida por la noche y se cayó y la casa se incendió y luego el monte creció. Ésta era la tienda donde se despachaban los productos para toda la colonia. Aunque también era de Förster, solo que no era su casa. Le pregunté por Förster. Comenzó por, Cuando se suicidó. ¿Förster se suicidó?

*

Una de las últimas razones que decidieron a Förster por Paraguay fue la colonia alemana que existía desde 1881 al borde del Lago Ypacaraí en San Bernardino. Era una colonia próspera de más de quinientos habitantes. En varias ocasiones se hospedó en el Hotel del Lago, inaugurado en 1888, cuando tenía que hacer algún trámite en la cercana Asunción. San Ber llegó a ser con los años uno de los principales lugares de descanso del país y sus aguas azules inspiraron la famosa guarania “Recuerdos de Ypacaraí” que han interpretado tanto Luis Alberto del Paraná como Los Panchos, Julio Iglesias o Caetano Veloso: Una noche tibia nos conocimos/ Junto al lago azul de Ypacaraí/ Tú cantabas triste por el camino/ Viejas melodías en guaraní. Por el más cosmopolita de sus hoteles pasaron, en distintas épocas, Charles de Gaulle, Marlene Dietrich, Antoine de Saint-Exupéry, Isabel Sarli y Franklin D. Roosevelt. También fue donde llegó Förster cuando no pudo más con sus deudas. Las cosas no iban bien en la colonia. El autoritarismo de Förster y Elisabeth comenzaba a colmar la paciencia de los habitantes de Nueva Germania. No era solo que dos años después del desembarco solo los Förster-Nietzsche tuvieran una casa mientras los demás habitantes mal vivieran en chozas o casas comunales sino que los fundadores esperaban que se les rindieran honores constantemente. Förster había dado la orden de que si se encontraba con un colono mientras él paseaba en su caballo blanco, esa persona tenía que desmontar para saludarlo. También había dado la orden de que no se construyeran casas sino estaban por lo menos a una milla de distancia unas de otras para que así se pudieran desarrollar las virtudes alemanas en soledad. Los colonos estaban deprimidos. El calor era insoportable y cuando llovía los caminos se volvían intransitables, vivían picados de mosquitos, apenas había agua dulce y los pozos que cavaban se secaban de inmediato y la tierra era resistente a los cultivos que ellos conocían. El paraíso que se les había prometido era un fraude pero no tenían dinero para regresar y, a pesar de que habían pagado por sus tierras, tampoco tenían ningún documento legal que probara que eran de ellos. En los primeros dos años habían llegado 40 familias más a poblar Nueva Germania pero para julio de 1888, un cuarto de ellas ya había regresado a Alemania. Para ese momento Förster hubiera tenido que conseguir 110 familias en un año o renunciar a las tierras. Comenzó a pasar más tiempo en Asunción, tratando de obtener créditos y escribiendo a Alemania para conseguir inversores. La situación terminó por volverse insostenible con la llegada de Julius Klingbeil, un sastre de la zona de Antwerp que había viajado a Paraguay pensando que el clima le sentaría bien a su salud. No tardó nada en darse cuenta del timo. El vegetariano Klingbeil vio con horror cómo Förster, que seguía escribiendo en la prensa alemana que “la gente de

Nueva Germania no consume la nauseabunda carne”, la comía y que los pocos colonos que aún insistían en su dieta original se veían reducidos a alimentarse de maíz, arroz y porotos. El queso y leche de la colonia, vendido a un precio exorbitante, sólo se conseguía en la tienda de Förster. Tras unos pocos meses en Nueva Germania, regresó a Alemania y escribió un libro de 160 páginas denunciando a los explotadores Förster-Nietzsche. Se armó un revuelo, Förster se entregó a la bebida y comenzó a pasar más y más tiempo lejos de la colonia mientras Elisabeth le mandaba cartas al Hotel del Lago, “Tu depresión me preocupa. Trata de calmarte, por favor. Aunque puedo admitir que la situación es precaria...las cosas mejorarán”. Mientras eso ocurría en Paraguay, Friedrich Nietzsche colapsaba en Turín, Elisabeth se encontraba desconsolada. El 2 de junio, Förster tomó un coctel de estricnina y morfina y murió. Su esposa trató de tapar el suicidio diciendo que había muerto de causas naturales pero nadie le creyó. Para 1890 la corporación Sociedad Colonizadora Nueva Germania formada por dos alemanes, un italiano, un español, un inglés y un danés compraba el título de las tierras y Elisabeth partía a Alemania a buscar apoyo financiero para rescatar a la colonia de manos extranjeras. Pero no solo hizo eso, aprovechó el viaje para tomar control de la obra de su hermano. La noticia de la enfermedad de Nietzsche había atraído interés sobre su obra y, en el año que permaneció en Alemania, no solo publicó *La colonia Nueva Germania de Bernhard Förster en Paraguay*, una recopilación de artículos que tendía una luz favorable sobre el emprendimiento de su marido, sino que preparó una edición barata de toda la obra publicada hasta ese momento por su hermano. Regresó a Paraguay en agosto de 1892 con la oferta de traer un pastor y construir una iglesia. No cumplió con ella. Los colonos se marchaban en números cada vez mayores. Cuando comprendió que la situación era insostenible inventó una excusa que le dio una salida digna, le pidió a su madre que le enviara un telegrama diciendo que la salud de su hermano había empeorado. Vendió su casa y tierras y se fue de Paraguay para siempre. Era agosto de 1893. Una vez en Alemania hizo lo último que haría por la colonia, sirvió de intermediaria para que una sociedad completamente alemana comprara las tierras de la Sociedad Colonizadora Nueva Germania. Dijo que con eso completaba el trabajo de su marido y que con ello se encontraba en paz. Pero nunca dejó de interesarse por el destino de Nueva Germania; cuando supo que Fritz Neumann, uno de los primeros colonos, había logrado domesticar la yerba mate en 1901, se alegró por la suerte de la colonia. Desde la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII el cultivo de la yerba se había revertido a la recolección de yerba salvaje pero Neumann había observado que donde los pájaros hacían sus nidos proliferaba la yerba. Dedujo que su sistema digestivo jugaba un rol importante. Remojó las semillas en ácido y carbón y logró que germinaran artificialmente. Por unos pocos años, a principios

del siglo anterior, Nueva Germania vivió una edad de oro y su población se dobló pero para la década del veinte el secreto de la domesticación de la planta se había regado y la singularidad de Nueva Germania había desaparecido. Desde su regreso a Alemania y por el resto de los cuarenta y tres años que le quedaban de vida, Elisabeth se dedicó a crear el mito Nietzsche y a unir su nombre y su obra con la de su esposo y los nacionalsocialistas alemanes. Comenzó por crear un selectivo archivo de los documentos de su hermano, continuó con dos tomos biográficos donde ofrecía su visión de Friedrich Nietzsche y terminó por dar la estocada a su pensamiento publicando *Voluntad de Poder*, un libro que ella preparó y editó con las notas sueltas que había dejado su hermano; un libro que él nunca concibió. Esa hábil construcción sirvió para que recibiera el aprecio de Gabriele D'Annunzio, Mussolini, los descendientes de Wagner y las pleitesías de Hitler que llegaron a involucrar una pensión mensual y donaciones para el mantenimiento del Archivo Nietzsche en Weimar. Su nombre, ahora Förster-Nietzsche, siguió ligado a la colonia y a Paraguay y por eso no fue una sorpresa cuando el primer partido Nazi que se fundó fuera de Alemania tuviera su sede en Paraguay, ni que en 1934 Hitler enviara una caja de tierra alemana a San Bernardino para que ésta fuera regada sobre la tumba de Bernhard Förster. Aunque su tumba sigue mirando al lago, el azul de Ypacaraí hace mucho desapareció. El agua ahora está contaminada por desechos cloacales e industriales y crecen algas tóxicas que la han teñido de verde.

*

Las huellas de Elisabeth Nietzsche y Bernhard Förster en Nueva Germania han ido desapareciendo. Son el ojo de un huracán que nunca logró desatarse, un punto muerto donde ni el aire circula. A los habitantes del pueblo no les interesa la supremacía racial que pretendieron fomentar y, si algo, recuerdan como una curiosidad que en la década del cincuenta Alfredo Stroessner le concediera la ciudadanía paraguaya a Josef Mengele, quién, al parecer, vivió en Nueva Germania por algunos años; ni que cazadores de nazis y el Mossad pasaran por sus caminos de tierras rojas buscándolo. Pero si algo sigue convocando a extraños a Nueva Germania es el nombre de Nietzsche unido a la desaparecida selva paraguaya. Ese, por lo menos, fue el punto de partida para que el compositor y dramaturgo argentino Santiago Blaum montara "Nietzsche Contra Wagner Nueva Germania Opera Tropical" en Berlín este año. Desde que se abrieron los archivos en Weimar y los estudiosos tuvieron acceso a los documentos originales, la figura

del filósofo que alguna vez escribió que solo creería en un Dios que bailara no ha dejado de crecer. Él es el huracán que destroza y arrasa con todo lo reconocible e ignora la calma que sujeta al centro. Él es el caos lejos de los patos que caminan sobre la tierra donde antes se asentó la morada de los fundadores de un Imperio fracasado, él es la confusión que reina lejos de los limoneros, que crecen indiferentes bajo el ardiente sol del Paraguay.

Gabriela Alemán

Las citas provienen de *Forgotten Fatherland: The True Story of Nietzsche's Sister and Her Lost Aryan Colony* de 1992 de Ben MacIntyre. *Todas las traducciones son mías, excepto las del texto de *Ecce Homo*.